

PARIS 4.º de Setiembre de 1851.

Muy señor mio: Reina en todas las regiones políticas la tranquilidad mas profunda. La tribuna está callada: la prensa repite todos los dias una misma cosa monotonamente: los partidos continúan en su trabajo de descomposicion irremediable: el Presidente ni dice nada, ni hace nada, teniendo por cierto que en las circunstancias actuales, la abstinencia es el mas ventajoso de todos los partidos. Los Consejos Generales, reunidos en todos los Departamentos de la Francia, discuten la cuestion de la revision con la misma seriedad y con el mismo aplomo que si la cuestion fuera nueva, que si fuera importante, y que si la revision, aun votada por los Consejos, como lo fué por la mayoría de la Asamblea, fuera una cosa posible.

Sola una cosa está en progreso, la candidatura del Príncipe de Joinville: su progreso no consiste en que vaya ganando cierta boga y aura popular, sino que hasta aquí ha sido una candidatura propuesta, y ahora es, segun todas mis noticias, una candidatura aceptada. El Príncipe de Joinville, entregado á consejos de perdicion, acepta una candidatura que acaba de derramar las fuerzas mal unidas del partido del orden; una candidatura en que un Príncipe Borbon va á darse en espectáculo al mundo, por pri-

mera vez en la historia, como cortesano de las turbas populares; una candidatura en que un Príncipe que se llama Orleans, va á sancionar la revolucion misma que arrojó del Trono al destierro, en un dia nefasto, á Luis Felipe de Orleans, primero y último Rey de los franceses; una candidatura que, aceptada, obliga al aceptante, si es honrado, no solo á condenar las pretensiones del Duque de Burdeos, sino á protestar, si necesario fuere, á mano armada, contra las pretensiones ulteriores del Conde de Paris. ¡Método nuevo y peregrino de convertir los pueblos á la Monarquía, el que consiste en convertir á los Príncipes en republicanos!

De todos los síntomas que anuncian, en tropel y por todas partes, el próximo advenimiento de una revolucion mas profunda, mas radical y, si cabe, mas insensata que todas las anteriores, este, sin ningun género de duda, es á un mismo tiempo el mas alarmante y el mas triste. La Europa no está espuesta á pasar de la Monarquía á la República por sobra de republicanos, sino por falta de Reyes. Los Reyes no faltan solamente por la extincion, sino tambien, y principalmente, por la decadencia moral y el envilecimiento de las razas Reales. Cuando hay Príncipes tan contentadizos de suyo, que se bajan para recoger una Presidencia, por no ser bastante altos para alcanzar una Corona, Dios hiere de parálisis sus miembros: y no pudiendo los Príncipes entonces ni bajar ni levantar su brazo estropeado é inútil, se quedan sin Corona y sin Presidencia.

Lo que hay aquí de mas humillante para este mal aconsejado Príncipe, es que su candidatura no es otra cosa sino un medio para evitar que Luis Napoleon alcance el número de votos que la Constitucion exige para ser elegido Presidente; sabiendo, como saben los que proclaman esta candidatura del Príncipe de Joinville, que él no puede reunir el número de votos necesario para ser elegido por el pueblo. Esta candidatura, pues, no se presenta como una solucion, sino como un obstáculo á una solucion probable; no se presenta para que triunfe, sino para que imposibilite el triunfo ageno; se presenta para que no haya eleccion, no para que sea elegido el candidato propuesto. De donde se sigue la mas

grande de todas las humillaciones para un Príncipe de una raza generosa y grande; la que consiste en declararle hábil solo para evitar que otro candidato sea elegido Presidente.

Suponiendo que todo suceda como los orleanistas se lo imaginan, la eleccion del Presidente pertenecería de derecho á la Asamblea Nacional, la cual, por la Constitucion, siempre que no hay candidato ninguno con la mayoría de votos que exige la ley, se convierte de Asamblea Legislativa en Colegio electoral y en Asamblea nominadora. Traida la cuestion á este terreno, piensan los partidarios de la candidatura de Joinville, que el Príncipe seria designado por la Asamblea Nacional, con preferencia á Luis Bonaparte y á otro candidato cualquiera. La cuestion, empero, consiste en averiguar, si en las circunstancias actuales son posibles estos trámites largos y enojosos, en presencia de una revolucion irritada é impaciente; y si, supuesta la paciencia magnánima de la revolucion, y supuesto el voto de la Asamblea, será el gobernar cosa fácil para un Presidente designado, cuando ha sido cosa imposible para un Presidente elegido. Luis Napoleon ha sido poderoso apenas para conservar la dignidad del poder, á pesar de la fuerza y del prestigio que tenia en calidad de elegido por seis millones de hombres: dejo á Vd. ahora considerar cuál seria el prestigio y cuál la fuerza de un Presidente designado por designacion indirecta de trescientos individuos de una Asamblea en el acto mismo de la espiracion de sus poderes. Yo por mi parte no tengo inconveniente en afirmar, sin temor de ser desmentido por los hechos, que un Presidente elegido en estas condiciones y por semejante número de votos, no seria poderoso para resistir, ni un año, ni un mes, ni una semana, á las embestidas furiosas de las olas republicanas.

Este breve análisis de la situacion actual probará á Vd. cuán angustiosa es y sin salida; cuán ciertos son los males, cuán justificado el temor, cuán grande el apuro, y cuán difícil el remedio. Por lo demas, esta calma engañosa, precursora de la tormenta, se prolongará probablemente hasta el mes de Noviembre.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 6 de Setiembre de 1851.

Muy señor mio: La gravedad de todo lo que dice relacion con las cuestiones de las candidaturas Presidenciales, me pone hoy la pluma en la mano para escribir á Vd. Sin duda ninguna habrá Vd. visto en todos los periódicos de esta capital de ayer y de hoy, una carta que se supone escrita en París, y ha sido publicada por *El Times* de Londres, á quien está dirigida. Vd. debe considerar el contenido de esta carta como la relacion oficial de lo ocurrido en Claremont, con motivo de la visita hecha por M. Guizot y otras personas ilustres á la desgraciada y augusta viuda, y á los no menos desgraciados y augustos hijos del último Rey de los franceses. En esta carta hay, sin embargo, algunas lagunas que llenar, y para llenarlas es para lo que principalmente escribo hoy á Vd.

La turbacion del Duque de Nemours, al verse interpelado solemnemente por Mr. Guizot, fué grande, y grandemente visible; mientras que la serenidad de Mr. Guizot fué imperturbable. Como conociese este último que el Duque habia formado el propósito de permanecer encerrado en la estudiada oscuridad de ciertas frases equívocas, manifestó el deseo de hablar del negocio con el mismo

Príncipe de Joinville, el cual parece que, receloso de lo que le habia de suceder, hizo responder á los que le anunciaron la visita de Mr. Guizot que á la sazón se hallaba fuera del Palacio. El último y el mas grande entre los Ministros de la última Monarquía, se creyó entonces obligado en conciencia á declarar al Duque de Nemours, respetuosa pero firmemente, que, llegado el caso, se creia en el deber de oponerse con todas sus fuerzas á una candidatura que, rebajando al candidato, turbaria el reposo de la Francia.

Cuando volvió á Londres Mr. Guizot, tuvo una entrevista con él Mr. de Jarnac, antiguo Secretario de la Embajada francesa cerca de S. M. Británica, y hombre muy de la confianza de los Príncipes habitantes de Claremont; el cual, para inclinarle á variar de rumbo y de propósito, hubo de darle á entender que el Príncipe de Joinville no se proponia llegar á la Presidencia sino para levantar el Trono que habia echado por tierra la revolucion de Febrero: á lo cual parece que Mr. Guizot contestó que la Monarquía, si alguna vez habia de ser restaurada, lo sería de diferente manera, no siendo en su sentir la mejor manera de restablecimiento el comenzar por jurar ante Dios y ante los hombres la conservacion de la República.

Mientras esta escena pasaba en Londres, pasaba otra en Claremont, de muy distinta especie: porque, segun tengo entendido por relacion de persona que debe estar bien informada, la Duquesa de Orleans dió, por aquel mismo tiempo, á su notario Mr. Freymyn el encargo de asegurar á los amigos de las nuevas instituciones, que si el Príncipe de Joinville llegaba á ser nombrado Presidente de la República, no aceptaría este encargo honroso sino con el propósito firme de consolidar en Francia la libertad, y, como garantía de libertad, la forma presente de su Gobierno.

Escuso hacer comentarios sobre estas dos declaraciones, que están comentadas por sí mismas: lo único que me propongo observar, es que los republicanos ardientes no miran esta candidatura con enojo; y que si la combaten para conservar incólume su bandera, en donde no puede escribirse sin mengua el nombre de

un Borbon, la combaten con una medida que no se aviene bien con la ferocidad de sus instintos, ni con lo destemplado de sus pasiones.

Entre tanto, la prensa inglesa está unánime en condenar dura y amargamente la candidatura de Joinville: y por lo que hace á la francesa, si se exceptúan los pocos periódicos que reciben las inspiraciones de Mr. Thiers, y los republicanos, que la combaten de mala gana, todos los otros la denuncian como el aborto de una intriga, ó como el síntoma de turbulencias y catástrofes. *El Univers* ha publicado un notabilísimo artículo sobre esta materia. *El Constitucional* publicó otro fulminante: y *El Diario de los Debates*, que habia comenzado por declararse por esta candidatura con mayor entusiasmo del que acostumbra á poner en intereses tan altos y en cuestiones tan delicadas, ha aflojado de súbito, aparentando creer que á la hora presente no es todavía aquella una candidatura sujeta á discusion, sino una candidatura posible, que por su parte no desea.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

prontos como siempre á sacrificar sus vidas, si necesario fuere, en sus altares. Los augustos huéspedes de Claremont olvidan solo una cosa: que no es á los Príncipes de la sangre Real, sino al Rey, al que se concede el insigne privilegio de darse en sacrificio por su patria; y á los Príncipes no corresponde otra cosa sino darse en sacrificio por el Rey.

Esta á lo menos era la moral de otros tiempos, cuando las familias, como los Estados, y sobre todo las familias Reales, vivian sometidas voluntaria y dichosamente al yugo de la disciplina cristiana. Por lo demas, hablar de Príncipes y de Reyes y de familias Reales, es aquí hablar de tiempos pasados; porque nada de eso puede existir ni existe en la Francia de nuestros dias. Este pueblo, como ya he manifestado á Vd. otras veces, ha perdido absolutamente el rastro de sus antiguas tradiciones: los catorce siglos gloriosos que componen y llenan sus anales, no han dejado huella de sí en su memoria: la Francia, para los franceses de hoy, no comienza sino en 1789, año natalicio de la Revolucion, y cabo de año de la Monarquía. Este es el primer espectáculo, á que asiste el mundo, de un pueblo que se hace de súbito completamente desmemoriado: las generaciones que le han visto entrar en el mar sin fondo de la República, no le verán salir del mar sin fondo en donde ha entrado.

Volviendo á la candidatura del Príncipe de Joinville, no hay duda que aun puede ganar el terreno que ha perdido, si se verifica un suceso que á los ojos de todos es posible, y á los de algunos probable. Mr. Creton presentó, hace meses, en la Asamblea una proposicion que, convertida en ley, seria la abrogacion pura y simple de la que destierra á la familia de Orleans del territorio de Francia: esa proposicion puede y va á ser ciertamente renovada por su autor, ó por otro que la adopte como suya, en una de las primeras sesiones que, concluido el tiempo de vacacion, celebre la Asamblea. Apoyada la primera vez por los orleanistas puros, y combatida abiertamente por los republicanos, fué desechada por la oposicion que levantaron contra ella todos los legitimistas. Témesese ahora, y con razon, que los republicanos, que la combatieron an-

PARIS 15 de setiembre de 1851.

Muy señor mio: La situacion política es hoy, con corta diferencia, la misma que quince dias há. Hay menos temores de golpe de Estado, porque por parte de los depositarios de la autoridad hay mayor confianza en la victoria. Los personajes inquietos que han dado al público la candidatura del Príncipe de Joinville, se remueven ahora como antes, y como siempre: la opinion pública, sin embargo, los abandona poco á poco, dejándolos entregados á sus insensatos proyectos y á sus estériles agitaciones.

No quiero decir con esto que la candidatura orleanista no sea ya un peligro grave; quiero decir solamente que el peligro no ofrece hoy dia una gravedad igual á la que ha podido ofrecer durante el mes último. Por lo demas, nada prueba que la augusta familia de Claremont esté inclinada á abandonar ese sistema espec-tante, que hasta cierto punto ha menoscabado su honra, por sus visibles transparencias. Los Príncipes siguen siendo los servidores de la Francia; la Francia sigue siendo el ídolo de los Príncipes,

tes, ó no la combatan ya, ó la apoyen decididamente, en cuyo caso es indudable que reuniría la mayoría necesaria.

La entrada en Francia de la familia de Orleans podría cambiar, y cambiaría sin duda ninguna, el semblante de las cosas. La posibilidad de que este suceso se realice, me pone en el caso de contar con esta eventualidad, y de no poner tan pronto en olvido esta candidatura, que parece muerta, y que pudiera levantarse mas vigorosa que nunca, por no estar sino amortiguada.

Cualquiera que sea la secreta intencion del Príncipe de Joinville; cualquiera que sea la esperanza secretísima de la Duquesa de Orleans; si esa esperanza y si esa intencion no tienen por objeto la consolidacion de la República, no son mas sino engañosas ilusiones; porque ninguna otra cosa puede resultar de la candidatura del Príncipe, sino la renuncia definitiva de todo género de restauracion monárquica, y hasta la definitiva pérdida de su Principado. En vano creará la familia de Orleans tener en su mano á la República: la República no cabe en mano ninguna de hombre; y al revés, la República será la que tenga en su mano á esa familia, que no habrá ganado mas sino convertirse de desterrada en prisionera; sospechosa al partido del orden, sin cuyo apoyo habría alcanzado el triunfo; sospechosa á la revolucion, en calidad de familia Borbónica, contra la cual ha hecho la revolucion el juramento de Anibal, y que solo para derrocarla al abismo puede ponerla en la cumbre, esta familia desdichada apuraria hasta las heces el cáliz del infortunio.

Su aparicion al frente de la Francia sería, por otra parte, la ocasion de universales inquietudes y de graves disturbios en Europa. La Presidencia del Príncipe de Joinville sería, á los ojos de las Monarquías Continentales, un escándalo; á los ojos de la Inglaterra, un insulto y una amenaza. Vd. no puede ignorar, y en todo caso debe tenerlo muy en cuenta, que el Príncipe de Joinville escribió en 1840 un opúsculo, ahora olvidado, famoso entonces, destinado á demostrar que un desembarco en Inglaterra, que sería una cosa provechosa, era una cosa posible. Este opúsculo causó en la Gran Bretaña una honda sensacion; y escusado es decir

que aquella nacion rencorosa y altiva escribió, para no olvidarle, en su memoria el agravio. Vino mas tarde la cuestion llamada de los matrimonios españoles, que fué un agravio mayor, porque el suceso fué tenido por señalada victoria: y junto todo esto, por un lado, con las rivalidades nacionales, y por otro, con cuestiones personalísimas y ágrias entre el Ministro mas influyente del reino Unido y el Rey de los Franceses, vinieron ambas naciones á punto de rompimiento; rompimiento que hubiera sido difícil evitar, si no se hubiera interpuesto violentamente entre ambas y si no hubiera ahogado sus quejas con sus estruendos, la revolucion vencedora.

Refugiada en Inglaterra la familia de Orleans, fué recibida con una frialdad ceremoniosa; herida en lo mas vivo de su dignidad y de su orgullo, se retrajo de toda especie de comercio con la familia Real y con la Aristocracia Inglesa. Los Príncipes de suyo expansivos y ardorosos, se vieron reducidos de repente á una completa inaccion, y lo que es mas, á una soledad completa, viéndose obligados á contener dolorosamente en el pecho toda su expansion y todos sus ardores. El pan del destierro les ha sido amargo, amarguísimo; todo él se ha empapado con sus lágrimas. La prosperidad creciente de Inglaterra era para ellos cosa intolerable, cuando volvian los ojos á la postracion de la Francia. Salir, salir de allí por cualquier medio; entrar, entrar en Francia á cualquier costa; morir aquí á manos de la revolucion, mas bien que acabar allí á manos del tedio; ser mas bien republicanos aceptados por el pueblo frances, que Príncipes desdeñados por la altivez británica, este ha sido su ensueño perpétuo todas las noches, y su idea fija todos los dias.

Este es el secreto, el gran secreto de la candidatura del Príncipe de Joinville; secreto, que ilumina lo futuro, como ilumina lo presente; y que, en lo presente como en lo futuro, no ilumina sino desastres. Lo que sería el triunfo de Joinville para la Inglaterra, nacion implacable en sus rencores, lo dice ya y lo declara la prensa toda del lado allá del canal, exclusivamente ocupada en derramar á manos llenas el insulto y el baldon sobre la frente abatida y tristemente humillada de sus desgraciados huéspedes. El triunfo